

infiere Rousseau? Que el Turco y el Cristiano, y cualquiera otro, excepto los Católicos, á quienes como intolerantes no se concede esto, debe seguir y amar sin otro exámen la Religión del país en que vive ó en que ha nacido; no obstante que él con su Emilio quiere contentarse con la religion natural que estudió en el libro de la naturaleza.

IX. *Conviértense contra Rousseau sus mismos principios.*

Al eco de un lenguaje tan decisivo sorprendidos los incautos y sencillos lectores medio enmudecen, vacilan, y los jóvenes libertinos é incrédulos hacen pomposa ostentacion de este charlatanismo de su filósofo de Ginebra, como si fuera una demostracion nunca oída y de todo punto irrefragable. Mas, préstennos atencion por unos momentos, y por el mismo pasaje que con aire triunfador nos oponen, les haremos ver la futilidad de sus racionios y el mezquino temple de las ponderadas armas de que se sirve contra nosotros, y el espantoso y profundo abismo en que se precipita un hombre cuando se obstina en impugnar la verdad. Supongamos que vuestro alumno, diremos á Rousseau, docilísimo á vuestras instrucciones, está ya á punto de abandonar toda revelacion y atenerse únicamente como vos á la Religion natural, que tan elegantemente le habeis explicado. Que en este punto oye decir que los mayores ingenios de toda Europa, y aun reinos y naciones enteras, y las mas cultas, son de dictámen contrario al vuestro. Que todas ellas reconocen una revelacion divina y condenan como falso é impío vuestro modo de pensar. Que por diez y ocho siglos así en Oriente como en Occidente ha sido este el dictámen de los hombres mas ilustres por sus costumbres, ingenio y literatura, en cuya comparacion debéis en verdad pesar muy poco. Pregunto: Emilio ¿deberá sin mas exámen aquietarse con vuestras palabras, y seguir simplemente el partido que en vuestro libro le enseñais?... Seria proceder contra vuestros mismos principios, á saber: *que en cualquiera materia es necesario comparar las objeciones con las pruebas; saber lo que cada uno opone á los otros, y lo que estos responden.* Seria

proceder al modo de aquellos Estóicos, que no escuchaban sino á una sola parte en juicio contradictorio y no cuidaban de oír las razones de la otra; método que condenais altamente. Por manera que vuestro jóven alumno, siguiendo aquel tan grave documento vuestro de que *cuanto mas nos parece demostrado un sentimiento, tanto mas debemos inquirir en qué se fundan los hombres que no le siguen*; debe dedicarse inmediatamente á este exámen gravísimo, esto es, ponderar las razones por las que tantos hombres en este y en los siglos anteriores se han persuadido que hay una revelacion divina, que debe seguirse, y que es impía y detestable esa vuestra indiferencia en materia de Religion. ¿Se instruirá en esta controversia por los libros? *Pero ¿qué erudicion, en vuestro dictámen, no necesita adquirir, cuántas lenguas aprender, cuántas bibliotecas es necesario registrar, qué inmensos volúmenes revolver?* Pero aun mas: el estudio de los libros, segun decís, no basta para que pueda instruirse en las materias de Religion: conviene ir á los países en que esta Religion revelada (que no juzgais necesaria) está comunmente recibida. Y hé ahí á vuestro Emilio, y con él á los otros discípulos de Rousseau, andando por esos caminos hechos *peregrinos andantes, con grandes gastos y largas fatigas para verificar, comparar y examinar por sí mismos los diversos cultos*, á fin de conocer si es verdad lo que les enseñais; que pueden seguirse indiferentemente todos, y no hay uno que exclusivamente deba seguirse. Y á Dios para vuestros discípulos oficios, artes y las ocupaciones civiles, con aquellas otras durísimas consecuencias, que con tanta elocuencia describis. ¿Qué decis? ¿No veis como el mismo lazo, que tan sin razon nos hablais tendido, sirve de dogal que os ahoga? ¿Notais que si algo valiesen contra nosotros vuestras exageraciones, igualmente se convertirian contra vuestro sistema de indiferencia en materia de Religion? — ¿Diréis acaso que no seguís sistema alguno determinado, y que puntualmente por evitar todos aquellos absurdos establecéis que toda Religion es buena, y no hay obligacion de seguir exclusivamente una so pena de eterna condenacion? — Sois muy entendido para dejar de cono-

cer que entonces nos hallamos en el principio, y que ese efugio nada sirve para poneros á cubierto del argumento invictísimo que se os hace; porqué, lo repito, eso es puntualmente lo que disputamos; á saber: si toda Religion es buena, ó hay una revelacion divina que se debe seguir so pena de muerte eterna. Vos decís lo primero, y negáis lo segundo; y la España, Francia, Inglaterra, la Holanda, Oriente y Poniente son de contrario parecer, y lo han sido por tantos siglos. Luego segun vuestros principios vuestro discípulo debe investigar en qué se fundan y se han fundado tantos hombres grandes para ser de dictámen contrario al vuestro. Mas, conforme á vuestros principios, este exámen, si se ha de hacer por los libros, necesita erudicion, lenguas, bibliotecas y lectura inmensa; ni bastando tampoco los libros, segun los mismos principios, se necesitan viajes, peregrinaciones, inspecciones y comparaciones que ocupen al hombre todo el tiempo de su vida, sin que acaso llegue á saber jamás lo que debe ser. Luego ó estos principios y exageraciones brillantes para probar que no hay una revelacion *exclusiva*, como la llamais, son quiméricos y falsos; ó si alguna cosa probasen, aunque en realidad nada prueban, no solo seria contra ella, sino que en la misma ruina envolverian cuanto decís; y aun por su naturaleza misma arrastrarian hasta el Ateísmo, y aun al Pirronismo universal, peor que toda impiedad. En efecto, os declarais secuaz de la Religion natural, y respondiendo al Arzobispo de París os gloriais de haber expuesto y probado en un tono dogmático sus principales principios. Sin embargo, por mas que protesteis haber aprendido esta noble ciencia en los libros de la naturaleza, no ignorais que actualmente hay y ha habido en los siglos pasados Ateístas, Deístas, Materialistas y otros enemigos de los dogmas, así especulativos como prácticos ó morales de esa misma Religion, los cuales pretenden que la naturaleza nos enseña todo lo contrario. No ignorais cuantos y cuan especiosos volúmenes se han escrito en diversas lenguas de una y otra parte sobre estas materias. En fin, que Bayle y otros parciales suyos pretenden hallar cerca de los polos, en las costas de África, en varias partes de la América, en las islas situadas entre las Molucas y Fi-

lipinas, y en otras regiones remotas gentes sin costumbres ni leyes, ni religion, las cuales, si á ellos se cree, viven tranquilas y de un modo bastantemente virtuoso y singular. Luego si en vuestro dictámen no se puede tener seguridad de una opinion, aunque parezca demostrada, si no se averigua antes en qué se fundan los hombres que no la tienen por tal; y esto, segun decís, no puede averiguarse si no se estudian todas las lenguas, se examinan todos los libros, se revuelven todas las bibliotecas, y además no se visitan todos los ángulos de la tierra en que hay indicio de una opinion contraria, y de que se siga un sistema opuesto; y en esto se deben emplear todos los pensamientos y la vida; antes de haberlo verificado, confrontado y calculado. Decidme: ¿cuándo llegará vuestro Emilio y los que con él hubiesen tenido la desgracia ó la necesidad de escucharos, á profesar tranquilos la Religion natural?

Pero salgamos ya de este escéptico laberinto, en que de propósito nos hemos detenido algún tanto, para que se entienda el aprecio que debe hacerse de aquella venenosa facundia con que este filósofo, por luchar contra nosotros, no teme pelear y contrariarse á sí mismo; y al mismo tiempo hacer entender á él y á cuantos le admiran, en tan espantosas consecuencias, la falsedad y extravagancia de los principios que con tanto artificio y tanta pompa maneja.

#### X. *Respóndese directamente á estos sofismas.*

Rectifiquemos pues las ideas, y usando del lenguaje de todos los sabios (á quienes solo un Pirrónico, que es decir un loco, puede oponerse) digamos, sin temor de engañarnos, que pueden conocerse con ineluctable certeza algunas verdades de *hecho* y de *derecho*, sin que para ello sea necesario aquel aparato de lenguas, de libros, de bibliotecas, de viajes, y de prolijos exámenes por toda la vida, que tanto exagera Rousseau, á fin de que no se crea posible hallar una revelacion divina. Digamos que una demostracion, así como nos hace ciertos de la verdad demostrada, así nos asegura que no se pueden oponer á ella sino falacias y sofismas, porque á

una verdad no se opone otra verdad. Digamos que así como los dogmas fundamentales de la Religion natural, así la existencia de una revelacion divina está probada con verdaderas demostraciones, aunque de diversa especie, porque lo son tambien las verdades demostradas. Las primeras, que son de *derecho*, se prueban con demostracion *metafisica*; y la segunda, que es de *hecho*, con demostracion *moral*, la cual en nada cede á la otra en firmeza; ni en la eficacia para persuadir. Por tanto siempre que se exponga esta demostracion *moral*, que abraza los diversos caracteres de la revelacion divina, á un hombre sábio, que busque sinceramente la verdad, en la forma que despues de tantos grandes hombres se ha expuesto en el libro 2º de los *Fundamentos*; basta, para convencerle firmemente de que Dios ha hablado, y que la Religion cristiana es verdaderamente obra suya. Reconocido esto, ya no es necesario ir al Japon ó á la Nueva-Zembla á examinar las supersticiones de aquellos gentiles. Tampoco lo es estudiar la lengua árábica, la de los Tártaros, ó de la China, ni leer todos los libros, y visitar todas las bibliotecas para reconocer, pesar ó examinar las religiones ó las opiniones extrañas, y confrontarlas con la nuestra. Como las pruebas invencibles que á este hombre sábio le demuestran la verdad de la Religion cristiana no dependen absolutamente de minuciosas, vastas y prolijas investigaciones, está y puede estar seguro de que todas aquellas pesquisas no podrian llegar á dar á entender que la Religion cristiana procedia de otro principio que de Dios. Y así como (guardada siempre la debida proporcion) para conocer con invencible certeza la existencia de un Dios, diverso de esta máquina del mundo, Criador y Gobernador de todas las cosas, no es necesario haber meditado antes la Ética de Espinosa, examinado todos los sofismas de los antiguos y modernos *Dualistas*, estudiado á Hobbes, ni visitado los países de los Hotentotes ó de los Iroqueses, porque las demostraciones de aquella gran verdad son superiores, é independientes de tales estudios é investigaciones; así tambien, mediante las demostraciones mismas, estamos ciertísimos de que tales indagaciones, estudios, viajes ó lectura podrian ofuscar á un entendi-

miento débil, y no acostumbrado á este género de controversias; pero no confundir la verdad, ni mover á un sábio para que no asienta á ella. Concluyamos pues, que todo el grande aparato de dificultades, que aglomera nuestro filósofo para declarar imposible el conocimiento cierto de una Religion revelada, es un pirronismo miserable que nada prueba. Lo primero, porque si algo valiese, destruiria el sistema del autor, y lo redujera á nada; y lo segundo, porque las pruebas ciertísimas y clarísimas de la divina revelacion son superiores é independientes de todas aquellas indagaciones. Así que esta puede conocerse; y efectivamente se conoce con evidencia, no sin alguna especie de consideracion y exámen; pero sin aquella multitud de investigaciones que solo pueden asustar á un espíritu débil, mas no á un hombre sábio é ilustrado.

Mas en honor de la verdad y para confusion de sus enemigos, podemos decir francamente, y sin temor de que se nos censure, que todas cuantas dificultades se han podido deducir de las fuentes que Rousseau ha indicado, cuantos exámenes se pueden hacer en los libros, cuantas noticias se pueden hallar en los monumentos antiguos, cuantos auxilios pueden prestar las lenguas exóticas, cuantas investigaciones se pueden hacer en los viajes, cuantas observaciones sobre todas las religiones del mundo, y últimamente todo cuanto puede haber desde el Oriente hasta el Ocaso, que en algun modo pertenezca á esta gran controversia de la Religion revelada, todo está ya examinado con la crítica mas severa, calculado y discutido; porque, como varias veces hemos dicho, la causa de la Religion no teme desafios ni exámenes; y lejos de hallarse en toda ella algun argumento que pueda hacerla titubear lo mas mínimo, al contrario, se ha demostrado que todo concurre á confirmarla. Ultrajes, bufonadas, sarcasmos y audacia podrán presentarnos, han presentado y nos presentan cada dia nuestros enemigos, pues son sus mejores armas; pero un argumento sólido, una razon clara que destruya las pruebas de la divina revelacion, por mas que blasonen que tienen tantas fuentes en donde tomarla, y

tantas veces se les ha invitado por los Católicos, no la han producido todavía.

XI. *Desvanécese otro sofisma de Rousseau sobre la Obligación de seguir una sola Religión revelada.*

Pasemos pues á examinar el tercer capítulo de la acusación de Rousseau contra la Religión revelada, que no es de mas valor que los otros. Despues de haber esparcido dudas sobre algunos caractéres de la divina Revelación; despues de haber exagerado las dificultades en hallarla; pretende inferir que no hay en el hombre *obligación de reconocerla*; y por tanto que cada uno puede seguir á su arbitrio la religion que más le agrade. Así Rousseau; pero nosotros nos juzgamos con derecho de argüir de un modo enteramente contrario, y decir así: Las dudas que habeis esparcido son vanas; las dificultades exageradas son fingidas; ni aquellas ni estas, ni juntas ni separadas, no commueven en un punto la demostración de la existencia de una Revelación divina; luego esta es cierta y verdadera; luego (oid esta segunda consecuencia) sola ella debe indispensablemente seguirse. — ¿Indispensablemente? — Sí, vedlo aquí claro: Esta divina Revelación cuya existencia hemos demostrado, y con tales pruebas que vos mismo confesais que no se pueden contrarrestar <sup>1</sup>, con palabras expresas nos enseña « que en » ningún otro, sino en Jesús Nazareno, hay salvación; » porque no hay otro nombre debajo del cielo dado á los » hombres por el que hayan de salvarse <sup>2</sup>. Nos enseña, » que el que creyere y haya sido bautizado, se salvará; » más el que no creyere, se condenará <sup>3</sup>. Nos enseña, » que sin la fe es imposible agradar á Dios <sup>4</sup>: que el que » cree en Jesucristo no se condenará; mas el que no » cree ya está condenado, porque no ha creído en el » nombre del Unigénito de Dios <sup>5</sup>. » Luego las mismas pruebas invencibles que nos demuestran la verdad de la divina Revelación, nos llevan á conocer, mediante una

<sup>1</sup> Loco citato, pág. 164. — <sup>2</sup> Act. Apost., IV, 12. — <sup>3</sup> Marc. XVI.  
— <sup>4</sup> Hebr. XVI. — <sup>5</sup> Joan. XVIII.

divina autoridad infalible, que ella es la única que debe seguirse. ¿Qué decis? — *Yo solamente niego la obligación de reconocerla; porque esta imaginada obligación es incompatible con la justicia de Dios* <sup>1</sup>. — Yo niego. — ¿Y quién sois vos para responder á Dios, y decidir que no puede conciliarse lo que claramente manda con las leyes de la justicia? Pero ¿qué guía, qué luces son las que seguís para formar semejante juicio? — Mi razón, que es don de Dios. — ¡Completamente! ¿Y con ese don, decid, ¿pensais comprender todas las razones de los divinos consejos, y juzgar sus mismos juicios? Con la razón, es verdad, podeis y debeis inquirir si Dios ha hablado y mandado; pero no debeis ni podeis, sin igual impiedad que locura, llamar á exámen, y mucho menos condenar lo que él dice ó manda. — Pero oigamos esos grandes principios en cuya virtud pretende este censor sublime, contra la palabra divina, que no se puede conciliar la obligación de reconocer la divina Revelación con la divina justicia. — *Esta, dice, lejos de allanar los obstáculos de la salvación, los habría multiplicado* <sup>2</sup>. — En verdad solamente pudiera hablar así el que no entendiese lo que quieren decir las palabras *hombre, salvación y Religión cristiana*. Hemos demostrado en otra parte que con las luces solas de la razón el hombre no puede conocer todos sus deberes, ni descubrir los remedios de sus gravísimos males, ni hallar los medios seguros para llegar á su verdadera felicidad. Hemos demostrado que es necesario para esto una luz superior que pueda facilitarle por sí sola todos estos socorros. Está tambien probado que puntualmente es tal la Religión cristiana. Con que pretender que el obligar al hombre á reconocer esta Religión, en la que precisamente puede hallar y conseguir su salvación, era multiplicar los obstáculos, es un pensamiento digno de nuestros filósofos, ó de aquellos otros que colocaron la felicidad en los jardines de Epicuro, ó en el paraíso de Mahoma. Con todo eso Rousseau renueva, explica y confirma su sentir con otro argumento que, segun parece, tiene por invencible. Despues de haber dicho que la obligación de reconocer esta Re-

<sup>1</sup> Loco citato, pág. 164. — <sup>2</sup> Ibid.

velacion divina, lejos de allanar los obstáculos de la salvacion, los hubiera multiplicado, añade inmediatamente que los hubiera hecho insuperables á la mayor parte del género humano<sup>1</sup>. En lo cual alude á las naciones salvajes, y á todas las otras gentes bárbaras que viven envueltas en las tinieblas de la idolatría ó del mahometismo, á las cuales no se ha anunciado el Evangelio. Numéralas con prolijidad ostentosa<sup>2</sup>; y luego de su ignorancia *invencible* pretende sacar una especie de demostracion, de que no puede haber obligacion de reconocer la Religion revelada so pena de condenacion, puesto que á su parecer esto no se podia conciliar en manera alguna con la justicia de Dios. Su arrogancia le hace aquí imaginarse triunfante, y desafia á que se responda al argumento con que piensa haber convencido de que con nuestra doctrina venimos á hacer un Dios cruel y sin misericordia. — Así en verdad se escribe cuando ó no se entienden, ó no se quieren entender las materias de que se trata. Decimos, y antes de nosotros lo habia dicho el Evangelio, que nadie se salva fuera de la Religion de Jesucristo; pero no decimos (ni podrá probarlo Rousseau) que ningun gentil se condene precisamente por haber ignorado el Evangelio. Se condenan los idólatras, los mahometanos, y se condenan otras muchas naciones infieles, pero por sus enormísimos pecados é iniquidades, con las cuales atropellan los dictámenes de la razon, violan, quebrantan y pervierten las mismas leyes de la naturaleza. Y como por estas gravísimas culpas merecen justamente la condenacion, así tambien justamente merecen la substraccion de los medios que Dios, que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, les hubiera franqueado para conocer á Jesucristo, que es el *único nombre* por el que, según la disposicion divina, se puede conseguir la salud<sup>3</sup>. ¿Qué teneis que replicar? ¿Es esto hacer un Dios injusto y cruel? Ved aquí, pues, la solucion á aquella tan formidable pregunta á que «desafiais» respondan todos los intolerantes del mundo. ¿Porqué,

<sup>1</sup> *Ibid.* — <sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 135.

<sup>3</sup> Véase á santo Tomás sobre el cap. x de la *Epist. á los Rom.*, lec. 3. Véase tambien el l. 3 de la *Bibl.*

» si el hijo de un cristiano hace bien en seguir sin un » detenido y profundo é imparcial exámen la religion de » su padre, el hijo de un turco hará mal siguiendo del » mismo modo la religion del suyo?<sup>1</sup> » Decimos hace bien el primero, porque en la religion de sus padres, además de no hallar cosa alguna opuesta á la recta razon ni á los preceptos naturales, conoce en ella ya á Jesucristo, único medio y autor de la salud: y el segundo hace mal, porque en la religion de su padre se le mandan ó permiten muchas cosas contrarias á la recta razon y á la naturaleza; ni en ella conoce al único autor y medio de la salud, que es Jesucristo. Pero nótese, no lo conoce por los obstáculos que pone á la divina clemencia, la cual, si él hiciese de su parte lo que puede con los auxilios divinos para seguir las luces de la razon, aunque fuese por un medio extraordinario, si era preciso para ello, le hubiera iluminado<sup>2</sup>. Esta es nuestra solucion y nuestra doctrina. — Bien sé que de este medio extraordinario con que los teólogos dicen que Dios, aunque fuese por medio de un ángel, si era preciso, iluminaria al gentil en estas circunstancias, os reis á vuestro agrado<sup>3</sup>; pero en materias de tanta importancia no basta mofarse y reirse; es necesario mostrar que esto no puede verificarse, para despues deducir que la obligacion de reconocer la revelacion divina es incompatible con la justicia de Dios; y que nos formamos un Dios injusto y cruel, cuando decimos se condena, por ejemplo, un mahometano que sin mas exámen sigue la religion de su padre. Del mismo principio de donde aprendemos la indispensable necesidad de conocer á Jesucristo para salvarnos, deducimos necesaria y legítimamente se condenan por su culpa todos los que no le conocen; y que Dios se ha servido tambien mas de una vez de medios extraordinarios para traer á los gentiles de las tinieblas de los errores á las luces de su Religion. Lea Rousseau los capítulos 40 y 46 de los *Hechos de los Apóstoles*, y se avergonzará de su risa afectada.

<sup>1</sup> *Ibid.*, pág. 161.

<sup>2</sup> *In tertio sentent.*, dist. 25, q. 11, art. 2, quæst. 2. Véase al mismo Santo, q. 14 de *Verit.*, art. 11, ad 1.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 162.

XII. *Manifiéstase la impiedad del último error de Rousseau, de que todas las Religiones son buenas y aptas para salvarse.*

Parado ya el golpe con que el autor del *Emilio* queria atacar á la Religion revelada, y desvanecidos victoriosamente todos sus sofismas, réstanos examinar la cuarta asercion con que pretende combatirla, á saber: que *toda Religion es buena*, y por consiguiente *que cada uno puede seguir aquella en que se halla<sup>1</sup> ó en que ha nacido*, con tal que no profese el dogma de la *intolerancia*, ó algun otro contrario á sus ideas. Mas siendo esta una consecuencia de los errores ya confutados, no hay para qué detenernos en su exámen: destruidos aquellos queda desvanecida esta; y por las verdades establecidas no hay quien no perciba y venga en conocimiento de la impiedad y del horror que debe inspirarnos. En efecto, si Dios ha revelado una Religion, y ha intimado á todos seguirla pena de muerte y de perdicion eterna, la indiferencia en materia de Religion ya está reprobada, y el que no sigue la que Dios ha intimado, es perdido<sup>2</sup>. Dejamos ya demostrada la existencia de esta Religion revelada con tal género de pruebas, que el mismo Rousseau confiesa no puede *combatirlas*<sup>3</sup>. Por otra parte las objeciones que dice *no sabe resolver*, y por las cuales quiere permanecer indeciso é indiferente (último extremo de incredulidad, que puede llamarse incredulidad por excelencia)<sup>4</sup>, tomadas de las *dudas* que esparce sobre algunos de los caracteres de la Revelacion, ó de las *dificultades* que exagera para haber de conocerla; ó finalmente de la repugnancia que piensa hay entre la *obliga-*

<sup>1</sup> Si era así, ¿porqué Rousseau varió tantas veces la suya? Protestante, católico (aunque para esto confiesa que dándole de comer qué habia de hacer sino serlo); otra vez protestante, naturalista, con su conducta contrariaba su doctrina. No se prefirere una cosa á otra sino porque se cree mejor.

<sup>2</sup> Qui non est mecum contra me est. *Matth.* xii.

<sup>3</sup> Rousseau. *Ibid.*, pág. 164.

<sup>4</sup> Véase el principio del discurso preliminar del *Ensayo* de Lamennais.

*cion* de seguirla y la *justicia de Dios*; que son las que forman todo el cuerpo, digámoslo así, de la *Accion Roussoiana*, quedan tambien enteramente disueltas: luego esta sola Religion que Dios ha revelado, es la que se debe seguir para salvarse, y huir y desecher cualquiera otra como supersticiosa y mortal. Sin embargo, no quisiéramos se pasara de corrida sobre esta máxima de nuestro filósofo; para que cada vez se perciba mas bien y mas claramente el lamentable y espantoso *trastorno de razon* que caracteriza á los incrédulos. Contempla pues Rousseau « todas las Religiones como otras tantas instituciones saludables que prescriben en cada » país un modo uniforme de honrar á Dios con un » culto público. Cree que todas son buenas cuando se » sirve en ellas á Dios convenientemente. El culto esencial, dice, es el del corazon; y Dios jamás desprecia » ningun homenaje, cuando es sincero, de cualquier » modo que le sea ofrecido<sup>1</sup>. De donde infiere que » igualmente obran bien el hijo de un cristiano y el de » un turco en seguir la Religion de sus mayores. »

Este era, como todos saben, el dogma predilecto de Bayle, como tan acomodado á su universal pirronismo, y en cuyo apoyo teje en diversas partes larguísimas disertaciones; ya comparando la multitud de las Religiones á la variedad de las artes que hacen la belleza y las ventajas de una ciudad; ya á la multitud de voces é instrumentos que con variedad de tonos y notas forman un concierto armonioso, ó por lo menos tan agradable, como la uniformidad de una voz sola. Al sofista de Rotterdam siguieron los demas filósofos Voltaire, el Marqués de Argens, el autor del libro de *Las Costumbres*<sup>2</sup>, el de las *Cartas chinas*, de las *Peruanas*, y otros semejantes,

<sup>1</sup> Aun cuando fuese con el cuchillo ensangrentado en la sangre de su padre, ó tocando el atabal para no oír los gritos del tierno niño que se quemaba dentro de la estatua de Moloch, ó bien desde los brazos de una prostituta en las orgias de Venus, Adonis y Flora. Por este mismo principio sin duda este monstruo de lubricidad, recordando los amores de su Julia, blasfemaba que Dios se complacía desde el cielo en verle gozar de sus amores. ¡Y esta se llama filosofía!

<sup>2</sup> *Toussaint*. Véase el t. 1 de la *Bibl.*, pág. 150.

todos uniformes sobre este punto; y Rousseau no se desdena tampoco, como en otros capítulos ya examinados, de imitarle también en este. Aunque, á decir verdad, la expresada máxima de admitir indiferentemente como buenas ó saludables todas las Religiones, no es invención nueva, sino recibida ya muy de antiguo entre los filósofos de los pasados siglos, formando esta justamente la evidentísima señal de su error y lamentable delirio. Mas qué, ¿se necesita una meditacion muy profunda para comprender que esta máxima tira directamente á combatir, y aun á quitar del medio á ese mismo Dios que se pretende es honrado en todas las Religiones? Porque en verdad, ¿qué Dios puede ser aquel á quien agraden tantas, tan absurdas y contradictorias supersticiones? Si hay un Dios, es un Ser infinitamente perfecto. No puede menos de amar la verdad y aborrecer la mentira. Luego siendo como es la verdad una sola, una sola también puede y debe ser la Religión verdadera; y falsas por consiguiente todas las demás opuestas ó contrarias. Sola la verdadera es la única que puede ser agradable á Dios; todas las otras deben serle odiosas y aborrecibles. Siendo pues esto así, ¿cómo serán *buenas y saludables* al hombre, siendo odiosas y desagradables á Dios, autor de la salvacion del hombre? Escriban enhorabuena nuestros filósofos *Cartas, Ensayos, Diálogos y Comentarios*, pero á estos argumentos, que igualmente prueban su error que su obstinacion, jamás darán una respuesta concluyente.

XIII. *Verdadera idea de la intolerancia católica. Es una consecuencia necesaria de la Religión.*

Por lo dicho hasta aquí será fácil conocer que el carácter de *intolerancia* propio y peculiar de la Religión católica, tan odiado de nuestros contrarios, es la mas gloriosa nota de nuestra creencia, como que es un efecto necesario y luminoso de su verdad. Así como por el contrario la *tolerancia* que afectan y admiten las otras Religiones, es una prueba demostrativa de que son falsas. No, no puede haber union entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial. Hasta los sacerdotes idólatras,

como nos enseña Lampridio, lo conocieron así cuando, queriendo el Emperador Alejandro Severo erigir en Roma un templo á Jesucristo como á los otros dioses, se le opusieron tenazmente, y no puede ser, le dijeron: porque este Dios de los cristianos no admite sociedad con otros dioses, y quiere ser adorado solo con exclusion de los demás. Si le introducis pues en Roma, no vendrá á haber mas Religión que la cristiana; y los templos y el culto de los dioses del Imperio se verán desiertos y abandonados<sup>1</sup>. Siendo pues este el mas ilustre y esencial carácter del verdadero Dios, debe serlo también de su Religión. Somos pues *intolerantes*: sí, lo somos, y puntualmente lo somos, porque sabemos que nuestra Religión es la que Dios ha revelado, y que estamos en la Iglesia de Jesucristo, columna de la verdad: no podemos formar alianza religiosa con otra alguna secta sin dudar de la verdad de nuestra fe, ó asociar la verdad con la mentira<sup>2</sup>. Estamos en el camino único y solo de la salvacion; debemos pues insistir en creer y anunciar á todos los que no siguen el mismo camino, su perdicion eterna. Esto no nace en nosotros de espíritu de amargura ó de furor, como continuamente nos oponen nuestros enemigos, sino de espíritu de verdad. En efecto, por esta *intolerancia* que es y se llama *religiosa*, condenamos todo error opuesto á los dogmas que profesamos; pero no aborrecemos á los que yerran, antes bien los amamos y deseamos su salvacion, y estamos prontos á prestarles todo género de beneficios. De aquí es que esta misma *intolerancia religiosa*, efecto inseparable y necesario de la verdadera creencia, puede asociarse y en efecto se asocia, cuando hay razones que obligan á ello, con la *tolerancia civil*, cuyo ejercicio depende de la autoridad de las Potestades<sup>3</sup>. Es preciso, pues, haber aban-

<sup>1</sup> *In vita*, cap. 43.

<sup>2</sup> «Solo la duda es tolerante, porque ignora, y así cualquiera que establece en materia de Religión la tolerancia dogmática, declara la Religión dudosa: declara que no sabe lo que es verdadero ó falso en las creencias, y ó quita la distincion entre lo verdadero y lo falso, ó supone la imposibilidad de discernir lo uno de lo otro.» Lamennais, *Mélanges*.

<sup>3</sup> Véase sobre este punto lo que hemos dicho en el t. 3.

donado todos los sentimientos de honor, y renunciado á la razon para escribir como, siguiendo á Bayle y á los otros sus partidarios, hace nuestro filósofo: « que el » dogma de la intolerancia es horrible, arina á los hom- » bres los unos contra los otros, y los hace enemigos del » género humano....; que la distincion entre la toleran- » cia civil y la tolerancia teológica es vana y pueril: que » estas dos tolerancias son inseparables, ni se puede ad- » mitir la una sin la otra, y que los mismos ángeles no » vivirian en paz con los hombres á quienes mirasen » como enemigos de Dios<sup>1</sup>. » Créo que basta uno solo de estos pasajes para que se conozca el carácter de nuestros adversarios y lo desesperado de su causa. No es este el lugar de tratar á fondo este punto; lo que verdaderamente podríamos hacer contra estos filósofos atrevidos, y contra los protestantes con eficaz y feliz suceso. El que no quiere cerrar los ojos á la luz, ve cuán diversa es la índole, los principios y los objetos de estas dos tolerancias. Ve que la intolerancia religiosa está en el entendimiento, el cual, persuadido firmemente de la verdad de la fe, no puede menos de reprobar y condenar los errores opuestos, sin modificaciones ni condescendencia alguna. La tolerancia civil nace de la voluntad, y mira á las personas de los que yerran, y á los oficios de humanidad y de amistad para con ellos. Para saber pues si con aquella se puede unir esta (en caso que los que yerran no precisen á un proceder contrario)<sup>2</sup>, no necesi-

sobre estas dos especies de tolerancia; pero no olvidemos cuán fácil es el tránsito de una á otra, de la tolerancia civil á la religiosa: y que un gobierno que igualmente permitiese ó tolerase todas las Religiones, debería decirse con verdad *ateo*, pues miraría con los mismos ojos la mentira que la verdad; y no puede decirse que crea en Dios, quien sabiendo que se le injuria y ofende con los falsos cultos, favoreciese estos, y mas si pagase sus ministros, por que sería asalarjar personas para que legal y autoritativamente blasfemasen de Dios. Véase allí mismo la conducta que debe observar un Príncipe que halle en sus Estados esta diversidad de cultos.

<sup>1</sup> Rousseau, *ibid.*, pág. 172.

<sup>2</sup> Por lo común no tardará mucho tiempo. Disimular, quejarse y predicar la tolerancia, cuando son menos, ó están abatidos: perseguir desde el instante en que son los mas fuertes, es y fué siempre la táctica y conducta de los sectarios: recuérdense sino los tropelias

tamos acudir á los ángeles. Échese una mirada hácia los primeros siglos de la Iglesia, y se verá á nuestros cristianos acérrimos en reprobar todas las impiedades gentílicas, y al mismo tiempo fidelísimos á los Príncipes; y exactísimos, en todos los deberes de un ciudadano, aun siendo aquellos idólatras. Y pasando de ahí á todos los otros siglos de la Iglesia, se hallarán innumerables y continuos ejemplos de lo mismo.

#### XIV. Conclusion. Carácter de este célebre filósofo.

Volviendo pues á nuestro asunto, decimos que la máxima de nuestro filósofo, á saber: *que todas las Religiones son buenas y saludables, y cada uno puede seguir la de sus padres*, es falsa é impia, reprobada en el Evangelio, cuya divinidad está demostrada. Decimos además, que aun cuando no se hallara expreso en la revelacion el precepto de seguir una Religion sola, bastaria la idea de un Dios santísimo y sapientísimo para comprender la locura de la contraria sentencia. Porque estando instituida la Religion por su naturaleza para dar culto y honor á aquella Majestad soberana, seria preciso despojarla de sus mas gloriosos atributos, el persuadirse y creer podia ser igualmente honrada con la verdad y con la mentira, con el vicio y

de los arrianos, nestorianos, luteranos, etc.; esta ha sido tambien la marcha que han seguido los apóstoles de la filosofía moderna. Interin, intimidados por la opinion pública, y fuerza de las leyes, no se consideran con fuerzas, no hacen resonar otras voces que las de caridad, humanidad y tolerancia. ¿Se aseguraron? Persiguen con encarnizamiento. *Si yo tuviese cien mil hombres*, decia su conifeo Voltaire, *se bien lo que haria....* Sus discipulos los tuvieron, y fueron cien mil verdugos que con una mano derribaban los templos, y con la otra levantaban los cadalsos. De treinta años á esta parte sabe bien la Europa á qué se debe atender en punto de tolerancia filosófica. « Desengañémonos, decia el Ab. Lamennais: la tolerancia de las opiniones lleva consigo la tolerancia de las consecuencias de estas opiniones. Si cada uno puede legitimamente creer lo que quiere, puede legitimamente obrar conforme á lo que cree; y de este principio han partido, implícitamente á lo menos, todos los revolucionarios.... Cuando en una nacion se esparcen las máximas de tolerancia en el pueblo, se puede con toda verdad decir que son precursoras de aquellas voces terribles que le anuncian: *Finis super te.* »



la virtud. No sirve decir *que el culto esencial es el del corazón, que Dios no desecha el homenaje que es sincero, de cualquier modo que se le tribute y ofrezca*: todas estas son ilusiones. El *homenaje del corazón* necesariamente debe venir dirigido por las ideas del entendimiento; de allí trae su cualidad de bueno ó malo, de inocente ó perverso. Si las ideas del entendimiento son justas y verdaderas, el homenaje del corazón que se tributa á Dios es santo é inocente: si son torcidas y falsas, es supersticioso y vicioso. Luego así como es una sola la verdad en el entendimiento, así solo uno puede ser el homenaje del corazón agradable á Dios; y así por mas que se desviva un judío, un mahometano, un idólatra en afectos y protestaciones de culto, todo es vano, odioso y desagradable á Dios, como dirigido por la mentira, é inficionado de sentimientos erróneos, ó sobre la naturaleza divina, en orden á su unidad, ó veracidad, ó santidad, ó soberanía, ú otros divinos atributos. Siendo pues esto así, confesando Rousseau que no sabe cómo *responder* á las objeciones contrarias á la divina Revelación, manifiesta, por no decir mas, la debilidad de su entendimiento; y queriendo autorizar como *buenas y saludables* todas las Religiones, acredita un lamentable extravío de razon<sup>1</sup>.

## CAPÍTULO VI.

Disuélvense otras varias objeciones de los Naturalistas.

### I. *Ensayo de la crítica del Filósofo del buen sentido en orden á la historia de Moisés.*

Después de haber disipado las objeciones que á la manera de un negro y pestilencial vapor derrama el filósofo

<sup>1</sup> Podríamos y convendría para hacer mas palpable esto, después de tantas invectivas de Rousseau contra la revelación, examinar el elogio que hace del Evangelio; pero lo reservamos para la tercera parte de este libro, donde volveremos á hablar de este filósofo.

de Ginebra, Juan Jacobo Rousseau, sobre los caracteres de la Revelación divina, á fin de hacer, si le fuera posible, incierta su existencia entre los incautos, débiles é ignorantes; es oportunísimo examinar los sofismas y errores de que con el mismo fin é intencion se sirven otros escritores incrédulos. A la verdad, podríamos muy bien, sin temer la nota de calumniadores, darles el nombre de nuevos Proteos, segun es la inconstancia y versatilidad de sus opiniones, y los diversos semblantes con que se presentan. A veces parecen admitir la revelación de los Libros santos, pero al mismo paso introducen y artificiosamente presentan ciertas dificultades sobre algunos pasajes, que con aire humilde confiesan y llaman *invencibles é inconciliables*. Otras, y es lo mas comun, invectivan contra la moral de la Religión cristiana. Ya derraman á manos llenas el ridículo sobre el Culto sagrado; ya censuran agriamente la Disciplina; ó ya en fin calumnian, muerden, ultrajan sin miramiento alguno á los Ministros de la Iglesia. Todo lo cual expuesto en estilo satírico, sembrado de sales cáusticas, de anécdotas y cuentos malignos, al paso que manifiesta el odio declarado contra la Religión santa, hace no pequeña impresion en los corazones débiles, y no bien solidados en su creencia. Demos alguna idea de ello. El autor de la *Filosofía del buen sentido*, proponiéndose mostrar en un párrafo<sup>1</sup> la incertidumbre de la Historia en sus principios, dice: «Que nosotros no tenemos mas noticia de lo sucedido hasta el diluvio; que la que nos dan los libros de Moisés. Mas sin embargo, si queremos consultar á los otros historiadores que pueden instruirnos sobre los tiempos mas remotos, si admitimos ó nos atenemos á los *Anales de la China* y de los Egipcios, nos veremos obligados á desechar el Génesis como un libro apócrifo; porque los escritores de aquella Nación hacen su bir los principios de la historia á muchos millares de años antes de la creación del mundo. La fe y la Religión nos obligan á no profundizar esta cuestion.» Optimamente. Y en el entretanto al pié de las páginas en notas, y aun en el texto mismo va indicando con aire

<sup>1</sup> Reflexion 1, § 4.